

## Introducción

«EL CAMINO DEL CIELO ES UN CIELO y el camino del infierno es un infierno». Idea luminosa, al parecer de Santa Teresa. Un planteamiento que tiene interés para quienes piensan alguna vez en el cielo, para quienes vislumbran la eternidad, para esos que alguna vez meditan sobre el sentido de la vida. Aunque, ciertamente, será muy difícil encontrar a alguien a quien nunca se le haya ocurrido pensar en qué pasa después de la muerte.

Pero no se trata solo de tener muy presente la eternidad, que da sentido a todo, sino que se trata de pensar en el camino, con esa idea de fondo, con el convencimiento de que ya nuestro paso por la tierra es un cielo, en la medida en que estamos muy cercanos a lo esencial y, por lo tanto, en la dirección adecuada.

¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia? Hay quienes prefieren no reflexionar sobre qué puede ocurrir después y tratan de encontrar paz pensando que eso será simplemente el fin. Sin embargo, incluso a personas sin sentido trascendente, la perspectiva de ese final les influye en algún momento de su vida. No en los momentos de diversión o de mucho trabajo, pero algo más en los momentos de soledad.

Después están quienes mantienen la esperanza de que en algún momento se consiga la inmortalidad del hombre sobre la tierra. Bien es cierto que esta extravagancia es más probable que se les ocurra a los menores de setenta.

Y puestos a pensar en la posibilidad de la resurrección de los muertos es, sin duda, más atractiva el cielo del que nos habla Jesucristo que la desolación del Hades de los judíos.

Si creemos en Dios, si leemos y aceptamos el Evangelio y, por lo tanto, conocemos la vida de Jesús, muerto por nosotros, somos conscientes de que Él quiere que gocemos eternamente de su presencia. Pero la cuestión ahora es que podemos vivir muy bien, con paz interior, cuando tenemos una idea clara de hacia dónde vamos.

Jesús nos lo advierte: “Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el

camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran en ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!” (Mt 7, 13-14). Podría resultar poco atrayente ese camino estrecho si solo pensamos en la tranquilidad y el placer. Pero a quienes nos gusta subir a la montaña sabemos que los senderos estrechos y duros se hacen con gusto, porque lo que rodea es muy hermoso y porque sabemos hacia dónde nos llevan.

¿Y cuál es ese camino? El crecimiento en el amor. Lo único que nos hace verdaderamente felices es saber querer, y de esto se puede hablar mucho.

Pero también hemos dicho que el camino del infierno es un infierno. ¿Cómo se puede entender? Cuando imaginamos a alguien malhumorado por cualquier cosa, con grandes arranques de egoísmo, chocando con todos... ese es el que está en el camino del infierno. “Esto es un infierno”, es lo que se dice cuando en una familia alguien está viviendo en plan egoísta y todo le parece mal. Eso nos hace pensar en ese derrotero que lleva al infierno.

«Del término *cielo*, que refleja de modo natural la fuerza simbólica del *arriba*, de la altura, se

sirve la tradición cristiana –dice Ratzinger– para expresar la plenitud definitiva de la existencia humana gracias al amor consumado, hacia el que se encamina la fe»<sup>1</sup>.

El amor consumado.

Pensamos siempre en algo mejor, hemos considerado muchas veces un *arriba* como algo que puede colmar nuestras expectativas, como algo maravilloso. Y eso es algo lógico porque nuestra naturaleza tiende a la felicidad. La buscamos siempre, conscientes de que lo de aquí tiene límites; pero no siempre nos damos cuenta de que en realidad se trata de amar.

«Esa plenitud no es para el cristiano simple música de futuro, sino pura representación de lo que ocurre en el encuentro con Cristo, estando ya presente de modo fundamental en cuanto a sus componentes esenciales. Por eso hablar del *cielo* no significa perderse en fantasías calenturientas, sino conocer con más profundidad la oculta presencia que nos hace vivir de verdad y que, sin embargo, continuamente dejamos que nos la oculte lo aparente, apartándonos de ella»<sup>2</sup>.

1. Ratzinger, *Escatología*, Herder 1992, p. 217.

2. Idem p. 217.

No podemos estar todo el día pensando en el cielo, dicen. Algunos consideran que eso tiene el peligro de una cierta pasividad: Dios nos llevará a su gloria, no debemos temer, y podríamos quedar al margen de las luchas y de las preocupaciones de la vida. «Adivino y percibo muy bien el peligro que implica una evasión de nuestras tareas terrenales –dice Gesché–. Pero también adivino y percibo el peligro contrario y no estoy seguro de que el hombre pueda sobrevivir a sí mismo si no se pone en manos del infinito que lo habita y que nos constituye a todos»<sup>3</sup>.

Vivir en el camino del cielo supone participar ya, de alguna forma, de la paz, de la alegría que tendremos allí. Aquí queremos estar ya unidos a Cristo, procurando sentirnos otros cristos y, por lo tanto, viviendo para los demás. El camino del amor. Entonces comprobamos que, efectivamente, el camino del cielo es un cielo. No porque sea camino de rosas, sino porque la entrega a los demás nos da mucha paz, porque amar a Dios y al prójimo es lo único que nos llena de verdad. Ese es el camino del cielo. El camino del infierno es el egoísmo, y el problema es que con gran fre-

3. Adolphe Gesché, *El Destino*, Sígueme 2017, p. 59.

cuencia estamos inmersos en el yo, en la tristeza, en el odio.

A Platón le sirvió estar presente en la muerte de su maestro, Sócrates: «Tuve una asombrosa experiencia al encontrarme allí. Pues no me inundaba un sentimiento de compasión como a quien asiste a la muerte de un amigo íntimo, ya que se le veía un hombre feliz, tanto por su comportamiento como por sus palabras, con tanta serenidad y tanta nobleza murió. De manera que me pareció que, al marchar al Hades, no se iba sin un destino divino, y que, además, al llegar allí, gozaría de dicha como nunca ningún otro. Por eso, pues, no me entraba, en absoluto, compasión, como parecería ser natural en quien asiste a un acontecimiento fúnebre»<sup>4</sup>.

Al contemplar la muerte del justo, Platón intuye que hay mucho más que el penoso sitio eterno del Hades en el que creían los griegos. Seguramente es consciente de su destino divino que considera muy superior a su vida en la tierra. Se da cuenta de que a Sócrates no le importa dejar esta vida en la que ha cumplido con su misión de enseñar a tantas personas. No deja de sorprender

4. Fedón 58e-59a.

cómo un hombre justo de la Antigüedad puede llegar a esas verdades que el cristiano conoce sin sombra de duda por la Revelación. Por eso podemos decir, con santo Tomás Moro, que «no hay nada que con más eficacia aparte al alma de los afectos despreciables del cuerpo que el pensamiento de la muerte, si no la recordamos de forma pasajera, como alguien que deja que una palabra entre por un oído y lo dejan salir por el otro sin recibirla en su corazón»<sup>5</sup>.

El peligro que tenemos en nuestros días –al menos en el mundo occidental– es que, como conseguimos vivir bastante bien, a muchos no les interesan los temas del más allá. Incluso quizá hay ministros sagrados que no hablan demasiado de esto, para *no meter miedo*. ¿Se habla con frecuencia en las homilías de la muerte, del cielo y del infierno? «No hay ningún motivo para que nos quedemos en esta oposición entre el cielo y la tierra, entre salvar esta vida o salvar aquella –dice Gesché–. Creo más bien que ambas se salvan, la una por la otra. Pero se ha insistido tanto en estos últimos tiempos en una sola de ellas, que no será inútil airear de nuevo el rincón olvidado del

5. Tomás Moro, p. 67.

cielo. Junto al velo de la Verónica que nos enseña que tenemos que amar al mundo, se habló también aquel día de otro velo, del velo del templo, que nos invita a mirar hacia arriba»<sup>6</sup>.

El cristiano ha de mirar hacia arriba, con todas las consecuencias, y con la alegría que origina esperanza. De manera que nos llenaremos de las virtudes fundamentales, la fe, la esperanza y la caridad.

Si el cielo es amor, está claro que el camino del cielo está empedrado de amor.

6. Gesché, p. 59.